

CANTON

Paulino Rojas

EL viaje en avión de Pekin a Cantón es interesante, pues se recorre, a través de 2.000 kilómetros, toda la región costera de China, zona densamente poblada cuyas tierras se perciben desde lo alto como una ininterrumpida sucesión de cultivos, entrecortados por numerosos cursos de agua entre los que se destacan los grandes ríos Amarillo y Yang Tse, inmensos caudales que se dirigen hacia el mar luego de atravesar gran parte del territorio del país. En las márgenes del primero el avión hizo escala en la ciudad de Kai-Feng, para luego hacerlo en Hankow, importante centro de 2.000.000 de habitantes, emplazado sobre las riberas del Yang-Tse, pudiéndose observar sus fábricas, refinerías de petróleo y grandes construcciones en monoblocks. Desde Hankow a Cantón la tierra está cubierta de bosques, gran cantidad de ríos cuyo irregular curso serpentea entre colinas, poblados y las grandes extensiones de cultivos de arroz, cuyo regular trazado se destaca desde el



avión como un inmenso damero de tierras anegadas donde crece la planta que alimenta a tantos millones de seres. Después de nueve horas divisamos Cantón, que desde arriba parece que surgiese de pronto en medio de la espesa floresta sobre el río Las Perlas. Gran cantidad de afluentes convergen a éste, destacándose entre ellos la tierra rojiza cuyas ondulaciones están cubiertas por la vegetación de sus bosques o los campos de labrantío. Es la visión del trópico con su feracidad y lujuria, naturaleza pródiga que nos recordaba paisajes similares vistos en el Brasil. En el aeródromo nos esperaban los colegas cantoneses, representantes de las diversas especialidades y cuya cortesía y amabilidad, tan característica de este pueblo, nos haría deslizar las horas en un ambiente acogedor y amable.

Nuestro hotel, moderno edificio de 11 pisos levantado sobre las márgenes del gran río, destacábase en un barrio abigarrado, cuyas casas de construcción

antigua ocupaban los más variados negocios en una sucesión interminable. Cerca, sobre la avenida ribereña se yergue un gran Magazine de una manzana de extensión. Desde los ventanales de nuestra habitación veíamos correr las aguas del río, cuya corriente aboca al cercano Mar de la China. Gran cantidad de embarcaciones de amplias velas cuadradas, los típicos *shampans*, se deslizaban plácidamente destacando su silueta con una visión que nos recordaba las estampas chinas tantas veces admiradas y que permanecían en nuestro recuerdo con su misterioso exotismo de paisajes de leyenda y lejanía. Había algunas cuyos tripulantes tendían sus redes esperando recoger las frutíferas cosechas, alimento cotidiano de sus frugales comidas.

Esa noche fuimos a visitar el Palacio de la Cultura, amplia exposición, profusamente iluminada, donde la gente se apiñaba en los "stands", curiosa y ávida por conocer las múltiples manifestaciones de la economía nacional. La mayoría de los visitantes eran gente humilde que trasuntaba un ferviente deseo de ilustrarse ante las interesantes muestras, explicadas con grabados y leyendas, y donde expertos guías indicaban con un puntero los diferentes detalles de las mismas. Este sistema, generalizado en todos los locales públicos como museos o exposiciones, es de gran utilidad educativa, pues pone al alcance del pueblo en forma simple y eficaz una detallada ilustración de lo que ve y que de otro modo pasaría inadvertido ante sus ojos inexpertos. Allí vimos expuestas muestras de la producción agrícola, apreciando los adelantos alcanzados en el cultivo del arroz con sus diversas variedades; así-

mismo observamos la soja, el maíz y otros cereales, con la demostración de las distintas plagas que los afectan y la manera racional de combatirlas. En boxes se exhibían cebúes y cerdos en floreciente estado y se comparaban con otros de diferente estampa haciendo un parangón entre los que eran sometidos a la cría científica con aquellos que estaban desprovistos de la atención adecuada. Grandes mapas y maquetas mostraban las obras hidráulicas emprendidas o en proyecto con sus diques, canales de riego, puentes, usinas, etc., destinadas para resolver el grave problema de las inundaciones, que periódicamente azota gran parte de la China y que gracias al esfuerzo colosal emprendido para resolverlo pronto dejará de ser esa fuente de estragos que devastaba inmensas regiones. Los proyectos aseguran que en 2 ó 3 años se resolverán estas terribles causas de perturbación que tantos males han acarreado a la riqueza nacional.

La ciudad de Cantón, capital de la provincia de Kuang Tung, es de gran importancia, siendo la más populosa de la región sud este de China. Está emplazada cerca de la desembocadura del río Las Perlas, donde se encuentran las colonias británicas y portuguesa de Hong Kong y Macao, únicos recuerdos de la penetración extranjera en el país, que antaño estaba repartido en zonas de influencia y concesiones, donde el pueblo chino debía someterse a la dominación de un colonialismo que lo explotaba sombríamente. Hong Kong es un centro de activo intercambio comercial con Inglaterra, que compensa en parte el bloqueo que sufre el territorio.

Un paseo a través de las calles y

VIAJES Y CRÓNICAS

callejuelas de la ciudad es en extremo interesante. Se nota mayor movimiento y actividad que en Pekin; las calles, a menudo con recobas en las aceras, son un verdadero hormiguero humano. Pareciera que la población viviese en ellas. Al caminar se debe sortear con cuidado la multitud de niños, que juegetean o permanecen al lado de sus padres. Las madres llevan a sus hijos suspendidos en la espalda donde los sostienen en la misma forma que lo hacen nuestras indias del norte. Se ven hasta niñas de 7 u 8 años llevar en esta forma a sus hermanitos y a menudo asusta verlas atravesar corriendo la calle con el pequeño cuya cabecita oscilante asoma a través de su refugio, indiferente a lo que acontece pues sus ojos cerrados nos indican que duermen plácidamente. La gente tiene un semblante vivaz y su rostro denota simpatía y bondad. Nuestros pasos eran seguidos con curiosidad y nos miraban como interrogándonos, pues nuestra condición de extranjeros les llamaba la atención. Si nos deteníamos en una esquina, pronto éramos rodeados por un conjunto de chiquillos o los que se sumaban rápidamente algunos adultos. Nos asediaban y permanecían largo rato contemplándonos, con actitud amistosa, sin molestarnos ni cargosearnos. A nosotros nos hacía mucha gracia esta modalidad y tratábamos de corresponderles sonriéndoles y dándoles muestras de nuestra simpatía. Si entrábamos a una tienda o negocio, rápidamente éramos seguidos por varios jóvenes que observaban nuestras maniobras interesándose por lo que examinábamos o comprábamos y a veces dándonos su aprobación. En una ocasión en que estaba examinando

una hermosa tela, de las tantas que colmaban el mostrador de un Magazine, uno de los del grupo que invariablemente nos seguía, le preguntó a nuestro intérprete cuál era la razón por la que yo demostraba interesarme por ella y qué destino pensaba darle. El guía, complaciente, me tradujo sus preguntas, que traté de satisfacer con una adecuada respuesta. En nuestro medio estas indagaciones nos hubieran quizá molestado, pero allí ello provocaba en nosotros un intercambio de sonrientes comentarios.

Recorrer la ribera del río Las Perlas es otro espectáculo digno de interés. Allí se observan alineados en interminable serie los barquichuelos o *shambanes* en los que sus propietarios salen en busca de provisión de pescado o bien los utilizan en tareas de transporte de los productos de la región. Estas embarcaciones sirven a la vez de casa habitación y en ellas viven innumerables familias cuya existencia se desliza íntegramente en estas viviendas acuáticas. Cada una de ellas es la morada en que padres e hijos transcurren su vida, adaptados de tiempo inmemorial a tan extraño hogar. Antes reinaban en ese medio las más deplorables condiciones de higiene y sus habitantes eran considerados seres segregados de la sociedad por un sentimiento de repulsión que los rechazaba de la vida ciudadana. Su condición era similar a la de los intocables de la India y les estaba prohibido el contraer matrimonio con otra persona que no fuera uno de sus desgraciados compañeros. Por supuesto que su lamentable hacinamiento los hacía pasto de las más mortíferas epidemias. Hoy esta situación ha cambiado pudiendo

vérseles afanosos de mantener las barcas en un estado de limpieza del que parecieran hacer gala. Las cubiertas brillan y sobre ellas corretean alegres, los pequeños mientras las madres preparan la comida, cocinando en pequeños hogares donde se ven humear las marmitas, o bien están ocupadas cosiendo o planchando sus ropas. La mujer es una esforzada compañera, viéndose las colaborar en la conducción de los *shampans*, bogando a la par de los hombres, guiando el timón o manejando las velas.

Cantón posee hermosos parques, donde la lujuriosa vegetación tropical luce sus galas. El bambú crece exuberante adquiriendo en sus bosquecillos extraordinarias proporciones. Visitamos el paseo donde se levanta el monumento en honor a los caídos en la revolución de 1911, que tuvo tantos episodios heroicos en esta ciudad y que inició la etapa que proclamara la República en China destronando a la milenaria monarquía Manchú. Allí yacen, en un enorme túmulo de tierra, los 72 héroes que fueron fusilados como tributo de sangre por las tropas imperiales. Un gran arco de piedra luce los nombres de los países en que las colectividades chinas del extranjero contribuyeron con sus donaciones para perpetuar la gesta gloriosa. En un templete una lápida de mármol recuerda los nombres de los que inmolaron su vida para bien de su patria, así como se reseñan las etapas históricas de la revolución. Otra contribución de los chinos emigrados es el Auditorium y el hermoso monumento de Sun Yat Sen que se levanta en sus cercanías recordando al gran patriota que tanto amó a su pueblo y que tanto

luchó por su progreso y liberación. El Auditorio es un artístico teatro de forma circular con capacidad para 5.000 personas. Su techo abovedado posee hermosas tallas en madera y vitrales, simulando una enorme sombrilla. Carece de columnas por lo que la visibilidad, así como la acústica, son de gran perfección. Fué construído en 1929. En su frontispicio se lee una inscripción que dice "Todo lo que hay debajo del cielo pertenece al pueblo".

Lejos de Cantón, sobre el río, se halla una colonia-hospital para leprosos. El mal de Hansen es una enfermedad endémica en el sur de la China, calculándose que hay alrededor de 300.000 enfermos. El gobierno se ha empeñado en una campaña enérgica con el fin de terminar con este flagelo. Actualmente sólo se cuenta con 11.000 camas destinadas a los enfermos contagiosos y graves. Se han organizado villas donde residen los enfermos sometidos a tratamiento y en las cuales ejecutan preferentemente tareas agrícolas. Aspiran en Cantón, en cuya provincia de Kuang Tung hay 150.000 enfermos, a erradicar la lepra en el término de siete años, pensándose que se alcanzará este resultado cuando no aparezcan casos nuevos. El 20 % de las formas clínicas son graves y el 80 % benignas. Muchos de los enfermos son tratados en forma ambulatoria por no alcanzar el número de camas en hospitales y colonias. Se está por llevar a cabo un censo intensivo de la población por medio de catastros para el descubrimiento de todos los casos, especialmente en la provincia de Kuang Tung, la más azotada. Para ello se están preparando 800 técnicos, proyectándose además hacer una profunda campaña de

VIAJES Y CRÓNICAS

educación sanitaria. La colonia que visitamos es la de Shao Tan, dirigida por el Dr. Poo-Chen Kuo, quien nos acompañó. Se encuentra a una hora y media de Cantón debiéndose llegar a ella en lancha por el río Las Perlas. Hay en el establecimiento 200 enfermos, de los cuales el 20 % están clínicamente curados. Funciona allí una escuela para auxiliares técnicos donde se hace un curso acelerado de lepra. Las alumnas, muchachas jóvenes, viven en la colonia donde efectúan práctica de laboratorio y clínica, para luego integrarse en la campaña de lucha en los dispensarios y hospitales. Fuimos gratamente impresionados por la or-

ganización y eficacia de esta casa de cura. La visión nos confirmó la voluntad férrea puesta en juego por las autoridades sanitarias para destruir las plagas que afligen a este sufrido y virtuoso pueblo.

Al día siguiente partimos en ferrocarril hacia la ciudad veraniega de Hang-Chow, próxima a Shangai, a la que llegamos después de 36 horas de viaje a través de inmensos arrozales y preciosas plantaciones de té, cultivados tesoneramente por hombres y mujeres que suspendían sus tareas para contestar sonrientes a los amistosos saludos que con las manos les dirigíamos desde las ventanillas del tren.